DE VIVA VOZ

Relatos y poemas para leer juntos

Los cuentos, poemas y fábulas que presentamos en este libro tienen como propósito hacer que los lectores, niños y grandes, adquieran el gusto por las palabras. En ellos están expresados algunos de los valores que han permitido a la humanidad sobrevivir, y que son indispensables para la conservación de la especie; además, desarrollan la inteligencia, refinan el gusto literario, y sobre todo ofrecen información valiosa sobre el mundo. Aspiramos a que se diviertan leyéndolos, pues creemos que el mejor aprendizaje es el que se obtiene sin darse cuenta, sólo pasándola bien, sólo jugando. Mientras más se disfrute su lectura, más poderosos y benéficos serán los resultados.

Iván Hernández

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación de Colombia

María Fernanda Campo Saavedra

Ministra de Educación

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Jenny Alexandra Rodríguez

Diseñador editorial

Neftalí Vanegas

Ilustrador de cubierta

Daniel Gómez

Ilustradores del interior

Daniela Violi

Henry González

Hernán Cárdenas

José Rosero

Olga Lucía García

Comité Editorial

Jorge Orlando Melo

William Ospina

Iván Hernández

Moisés Melo

Primera edición, 2011

ISBN: 978-958-9177-63-1

© Ministerio de Cultura

© Herederos de Víctor Eduardo Caro para El Pollo Chiras

Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

Impreso en: Diciembre de 2011

Contenido

Relatos y poemas para leer juntos 1

El pescador y su mujer 6

De lo que pasó con unos tejedores tramposos que hicieron una tela 21

El gato con botas 25

La Gallina de los Huevos de Oro 34

El zagal y las ovejas 36

El gato bandido 37

La Perrilla 44

Canción China en Europa 51

Sonatina 54

Esto dijo el pollo chiras 58

El pescador y su mujer

Hermanos Grimm

[Traducción de José A. Viedma]

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una choza, a la orilla del mar.

El pescador iba todos los días a echar su anzuelo; y pescaba y pescaba sin cesar.

Un día estaba sentado junto a su caña en la ribera, contemplando el agua cristalina, cuando de repente vio hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo, y al sacarlo vio que colgaba de él un lenguado muy grande, el cual le dijo:

— Te suplico que no me quites la vida; no soy un lenguado verdadero, soy un príncipe encantado; ¿de qué te serviría matarme si mi carne no te gustaría mucho? Échame al agua y déjame nadar.

— Bueno –dijo el pescador–, no tenías necesidad de hablar tanto, pues de todos modos no haría otra cosa que dejar nadar a sus anchas a un lenguado que sabe hablar.

Lo echó al agua y el lenguado se sumergió en el fondo, dejando tras de sí una larga huella de sangre.

El pescador volvió a la choza donde estaba su mujer:

— Marido mío –le dijo ella–, ¿no has cogido hoy nada?

— No –contestó el marido–, he cogido un lenguado que me dijo que era un príncipe encantado y lo he devuelto al agua.

— ¿No le has pedido nada para ti? –replicó la mujer.

— No –repuso el marido–, ¿y qué había de pedirle?

— ¡Ah! –respondió la mujer–, es tan triste tener que vivir siempre en una choza tan sucia y maloliente como esta; hubieras debido pedirle una casa pequeñita para nosotros; vuelve a la orilla y llámalo; dile que quisiéramos tener una casa pequeñita, con seguridad que nos la dará.

— ¡Pero cómo! –dijo el marido–, ¿y por qué he de volver?

— ¿No lo has cogido, continuó la mujer, y dejado nadar como antes? Ve corriendo.

Al marido no le hacía ninguna gracia pero no quería contrariar a su mujer, así que fue a la orilla del mar, y al llegar vio que el agua estaba toda amarilla y toda verde, y no tan cristalina. Se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

El lenguado se acercó y le dijo:

— ¿Qué quieres?

— ¡Ah! –repuso el hombre–, hace poco que te he cogido; mi mujer dice que he debido pedirte algo. Está cansada de vivir en una choza; le gustaría tener una casa de madera.

— Vuelve a tu casa –le dijo el lenguado–, pues ya la tiene.

Cuando el marido volvió, su mujer no estaba ya en la choza; en su lugar había una casa pequeña, y ella estaba a la puerta sentada en un banco. Lo cogió de la mano y le dijo:

— Entra y mira: esto es mucho mejor.

Entraron y vieron que dentro de la casa había una bonita sala y una alcoba donde estaba su lecho, un comedor y una cocina con su tetera de cobre y estaño muy reluciente, y todos los utensilios indispensables. Detrás había un patio pequeño con gallinas y patos, y un canastillo con legumbres y frutas.

— ¿Ves –le dijo la mujer–, qué bonito es esto?

— Sí –respondió el marido–, si vivimos siempre aquí, seremos muy felices.

— Ya veremos qué nos conviene, replicó la mujer.

Después comieron y se acostaron.

Continuaron así durante ocho o quince días, al cabo de los cuales dijo la mujer:

— ¡Escucha, marido mío: esta casa es demasiado estrecha, y el 6 patio y el huerto son tan pequeños..! El lenguado ha debido en realidad darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un palacio de piedra; ve a buscarlo; es preciso que nos dé un palacio.

— ¡Pero cómo, mujer! –replicó el marido–, esta casa es en realidad muy buena; ¿de qué nos servirá vivir en un palacio?

— Ve –dijo la mujer–, el lenguado puede hacerlo, y lo hará con mucho gusto.

— No, mujer –replicó el marido–, el lenguado acaba de darnos esta casa; no quiero volver, temería importunarlo.

— Ve –insistió la mujer–, ve, te digo.

El marido sentía vergüenza y se repetía: eso no está bien; pero, sin embargo, obedeció. Al llegar al mar, el agua estaba de color violeta y

azul oscuro; no verde y amarilla como la primera vez; sin embargo, seguía en calma. El pescador se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

— ¿Qué quiere ahora tu mujer? –preguntó el lenguado.

— ¡Ah! –contestó el marido medio apenado–, quiere vivir en un palacio grande de piedra. — Vuelve a tu casa –le dijo el lenguado–, pues ya lo tiene.

El marido regresó, creyendo volver a su casita; pero cuando se acercaba, vio en su lugar un gran palacio de piedra. Su mujer, que se hallaba en lo alto de las gradas, lo cogió de la mano y le dijo: -Entra conmigo–. Él la siguió. El palacio tenía un inmenso vestíbulo, cuyas paredes eran de mármol; a su paso, numerosos criados abrían las puertas con gran estrépito; las paredes resplandecían y estaban

cubiertas de hermosos tapices; las sillas y las mesas de las habitaciones eran de oro; suspendidas de los techos había espléndidas arañas de cristal, y alfombras en todas las salas y alcobas; las mesas estaban colmadas de los vinos y manjares más exquisitos, al punto que parecía que iban a romperse bajo su peso. Detrás del palacio había un patio muy grande, con establos para las vacas y caballerizas para los caballos y magníficos coches; había, además, un grande y hermoso jardín, adornado de las flores más bellas, con árboles frutales, y por último, un parque de al menos una legua, donde se veían ciervos, gamos, liebres y todo cuanto se pudiera imaginar.

— ¿No es muy hermoso todo esto? –dijo la mujer.

— ¡Oh!, ¡sí! –repuso el marido–, quedémonos aquí y viviremos muy contentos.

— Ya lo veremos –dijo la mujer, y la pareja se fue a dormir.

A la mañana siguiente la mujer despertó primero, acababa de despuntar el día; y desde su cama vio la hermosa campiña; el marido estaba apenas desperezándose, cuando ella le dio con el codo y le dijo:

— Marido mío, levántate y mira por la ventana; ¿ves?, ¿no podríamos llegar a ser reyes de todo este país? Corre a buscar al lenguado y dile que queremos ser reyes.

— ¡Cómo, mujer! –repuso el marido–, y ¿para qué queremos ser reyes?, yo no quiero ser rey.

— Pues si tú no quieres ser rey –replicó la mujer–, yo sí quiero ser reina. Ve a buscar al lenguado y dile que quiero ser reina.

— ¡Ah!, mujer –insistió el marido–, ¿para qué quieres ser reina? Eso no se lo voy a decir.

— ¿Y por qué no? –preguntó la mujer–, ve al instante; es preciso que yo sea reina.

Entonces el marido se fue, pero estaba muy consternado de que su mujer quisiera ser reina. Eso no está bien, –no me parece bien en realidad–, se decía. No quiero ir; y sin embargo fue.

Cuando llegó al mar, el agua estaba de un color gris, y subía a borbotones desde el fondo a la superficie y tenía un olor fétido. El hombre se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

— ¿Y qué quiere tu mujer?–dijo el lenguado.

— ¡Ah! –contestó el marido–, quiere ser reina.

— Vuelve, que ya lo es –replicó el lenguado.

El marido regresó, y cuando se acercaba al palacio vio que se había hecho mucho más grande y tenía una torre muy alta decorada con magníficos adornos. A la puerta había centinelas y una multitud de soldados con trompetas y tambores. Al entrar vio que todo era de mármol y de oro, con tapices de terciopelo y grandes cofres de oro

macizo. Se abrieron las puertas de la sala: toda la corte se hallaba reunida y su mujer estaba sentada en un elevado trono de oro y de diamantes; llevaba en la cabeza una gran corona de oro, en la mano un cetro de oro puro enriquecido de piedras preciosas, y a su lado estaban en una doble fila seis jóvenes, cuyas estaturas eran tales, que cada una le llevaba la cabeza a la otra. El marido se adelantó y le dijo:

— ¡Ah, mujer!, ¿con que ya eres reina?

— Sí –le contestó–, ya soy reina.

El hombre la contempló durante un rato y le dijo:

— ¡Ah, mujer!, ¡qué bueno que seas reina! ¡Ahora no tendrás nada más que desear!

— De ningún modo, marido mío –le contestó muy agitada–, hace mucho tiempo que soy reina, quiero ser mucho más–. Ve a buscar al lenguado y dile que puesto que ya soy reina, necesito ser emperatriz.

— ¡Pero, mujer! –replicó el marido–, ¿para qué quieres ser emperatriz? No me atrevo a pedirle eso.

— ¡Yo soy reina –dijo la mujer–, y tú eres mi marido! Ve, si ha podido hacernos reyes, también podrá hacernos emperadores. Ve, te digo.

El marido tuvo que ir; por el camino se sintió muy turbado y se decía a sí mismo: Eso no está bien. ¿Emperador? Es pedir demasiado, el lenguado se cansará.

Al llegar al mar sus aguas estaban negras y hervían a borbotones, la espuma subía a la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia. El hombre se estremeció, pero se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

— ¿Y ahora qué es lo que quiere? –dijo el lenguado.

— ¡Ah, lenguado! –le contestó–, mi mujer quiere ser emperatriz.

— Vuelve –dijo el lenguado–, lo es desde este instante.

Volvió el marido, y se encontró con un palacio de mármol pulido, enriquecido con estatuas de alabastro y adornado con oro. Delante de la puerta había legiones de soldados que tocaban trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los barones y los condes y los duques iban y venían en calidad de simples criados, y le abrían las puertas, que eran de oro macizo. En cuanto entró, vio a su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de más de mil pies de alto; llevaba una enorme corona de oro de cinco codos, con incrustaciones de brillantes; en una mano tenía el cetro y en la otra el globo imperial; a un lado estaban sus guardias en dos filas, más pequeños unos que otros; además había gigantes enormes de cien pies de altos y pequeños enanos que no eran mayores que el dedo pulgar.

Delante de ella había de pie una multitud de príncipes y de duques; el marido se acercó y le dijo:

— Mujer, ya eres emperatriz.

— Sí –le contestó–, ya soy emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó a mirarla y le parecía que veía el sol. Después de contemplarla detenidamente, le dijo:

— ¡Ah, mujer, qué buena cosa es que seas emperatriz!

Pero ella permanecía tiesa, muy tiesa y no decía palabra.

Al fin exclamó el marido:

— ¡Mujer, ya estarás contenta, ya eres emperatriz! ¿Qué más puedes desear?

— Veremos –contestó la mujer.

Fueron enseguida a acostarse, pero ella no estaba satisfecha; la ambición le impedía dormir y pensaba siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente, había caminado todo el día, pero la mujer no pudo descansar un momento; se volvía de un lado a otro durante toda la noche, pensando siempre en ser todavía más; y no encontraba nada por qué decidirse. Sin embargo, comenzó a amanecer, y cuando percibió la aurora, se incorporó un poco y miró hacia la luz, y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

— ¡Ah! –pensó–, ¿por qué no he de poder mandar salir al Sol y a la Luna? Marido mío, dijo empujándole con el codo, ¡despiértate, ve a buscar al lenguado; quiero ser semejante a Dios!

El marido estaba dormido todavía, pero se asustó de tal manera, que se cayó de la cama. Creyendo que había oído mal, se frotó los ojos y preguntó:

—¡Mujer! ¿Qué dices?

— Marido mío, si no puedo mandar salir al Sol y a la Luna, y si es preciso que los vea salir sin orden mía, no podré descansar y no tendré una hora de tranquilidad.

Y al decir esto lo miró con un ceño tan horrible, que sintió que su cuerpo se bañaba de un sudor frío.

— Ve al instante, quiero ser semejante a Dios.

— ¡Ah, mujer! –dijo el marido arrojándose a sus pies–, el lenguado no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte reina y emperatriz, pero, te lo suplico, conténtate con ser emperatriz.

Entonces ella se echó a llorar; sus cabellos volaron en desorden alrededor de su cabeza, despedazó su cinturón y dio a su marido un puntapié gritando:

— ¡No puedo, no quiero contentarme con esto; marcha al instante!

El marido se vistió rápidamente y echó a correr, como un insensato.

Pero la tempestad se había desencadenado y rugía furiosa; las casas y los árboles se movían; pedazos de roca rodaban por el mar, y el cielo estaba negro como la pez; tronaba, relampagueaba y el mar levantaba olas negras tan altas como campanarios y montañas, y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Se puso a gritar, pues apenas podía oírse sus propias palabras:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

— ¿Qué quieres tú, amigo? –dijo el lenguado.

— ¡Ah –contestó–, ella quiere ser semejante a Dios!

— Vuelve, la encontrarás en la choza.

Y a estas horas viven allí todavía.

De lo que pasó con unos tejedores tramposos que hicieron una tela

Infante Don Juan Manuel

Hablaba una vez el conde Lucanor con Petronio, y le dijo:

"Petronio, un hombre vino y me contó algo muy importante, pero me dijo que no lo dijera a nadie, pues si no guardo el secreto, mis riquezas y hasta mi vida corren peligro. ¿Cómo puedo saber si esto lo hizo por mi bien o me está engañando?"

Y Petronio le contestó:

"Para que pienses qué hacer, te contaré lo que le pasó a un rey con tres tramposos que vinieron donde él. Ellos le dijeron que eran muy hábiles

para hacer paños, y que podían hacer una tela que no podrían ver los que no fueran de verdad hijos del padre que creían tener".

Al Rey esto le gustó mucho, pues podría saber cuáles de sus súbditos eran hijos del padre que creían y cuáles no y pensó que podría quitarles a muchos sus herencias, por no ser legales. Y les entregó a los tejedores sedas, y mucho oro y plata para hacer los bordados, y les dio un palacio para que hicieran la tela, y no dejó que nadie entrara a ver el trabajo hasta que lo terminaran.

Y ellos armaron sus telares y comenzaron a hacerse los que trabajaban, y a los pocos días uno de ellos fue a decirle que era la tela más hermosa del mundo, y le contó los dibujos y bordados que tenía. Y el Rey, para ver si todo iba bien, mandó a su ministro a que lo viera. Y cuando éste vio a los tejedores y oyó lo que decían, no se atrevió a decir que no lo veía, y le dijo al Rey que había visto una tela muy hermosa. Y el Rey mandó otro, y después otro, y todos le decían al Rey que la habían visto.

Y el Rey fue a ver la tela, y los maestros se hacían los que estaban tejiendo y le decían: “La tela tiene aquí este color, y mire su majestad los dibujos que hay aquí, y cómo es de elegante el bordado”, y seguían como que tejían en el aire. Y el Rey, que no veía la tela, se preocupó mucho, pues si no era hijo del Rey anterior, como creía, perdería su reino. Y comenzó a alabarla y a recordar los detalles que le habían descrito los tejedores. Y en su casa habló muy bien de la tela, y de lo maravillosa que era, y de los dibujos y bordados que tenía. Pero no estaba tranquilo y mandó a su consejero a ver la tela, después de contarle lo hermosa que era y de explicarle que había gente que no podía verla. Y él fue a verla, y no veía nada, y pensó que era porque el padre que creía tener no era su verdadero padre, de modo que si esto se sabía quedaría sin honor. Y por eso comenzó a alabar la tela tanto como el Rey, o incluso más.

Y cuando le dijo al Rey que la tela era bellísima, el Rey se preocupó todavía más, pues si el consejero podía verla y él no, entonces era porque él no era hijo del Rey. Y para que nadie se diera cuenta, siguió alabando la tela y hablando bien del gran trabajo de los tejedores. Y

mandó más personas a verlo, y todos volvían diciendo que era una obra maravillosa.

Y como el Rey tenía que dar una gran fiesta, se pusieron de acuerdo en que le harían un gran vestido con la tela, y la cortaron y cosieron. Y el Rey se puso el vestido, se montó a caballo, y salió por la ciudad con el vestido que no podía ver ni tocar. Por suerte, era verano y hacía calor.

Y las personas que lo veían, como sabían que el que no viera la tela era porque no era hijo del padre que creía, no decían nada para no quedar mal.

Y así quedó todo, hasta que un negro que cuidaba el caballo del Rey, y que no tenía nada que perder, fue a donde el Rey y le dijo:

— Señor: A mí no me importa que me crean que mi padre es el que yo pienso, o cualquier otro, y por eso digo que o yo estoy ciego, o usted está desnudo.

Y el Rey comenzó a insultarlo y a decirle que lo que pasaba era que no era hijo del padre que creía y por eso no veía el vestido.

Pero desde que el negro dijo eso, otros se atrevieron a decir lo mismo, y otros más, hasta que el Rey pensó que todo era un engaño de los tejedores. Y los mandó a buscar, pero no los encontraron, pues se habían ido a un país vecino con todo el oro y la plata y las sedas que el Rey les había dado.

Y por eso, Conde Lucanor, cuando alguien le cuente algo y le diga que nadie más puede saberlo y que tiene que ser un secreto, seguro que quiere engañarlo.

Y como le pareció un buen consejo, el Conde Lucanor hizo escribir esta historia en un libro, con un versito que decía:

Quien te aconseje que ocultes algo a tus amigos,

lo que quiere es dañarte, y que sea sin testigos.

El gato con botas

Charles Perrault

[Traducción de Iván Hernández]

U n Molinero, al morir, no dejó más herencia a sus tres hijos que un molino, un burro y un gato. Muy pronto la repartición se llevó a cabo, sin tener que llamar al abogado ni al notario, quienes habrían dado buena cuenta de la herencia.

Al mayor le correspondió el molino, al segundo el burro, y al pequeño únicamente el gato, de modo que este último no quedó para nada satisfecho con tal dote.

— Mis hermanos –se quejaba en voz alta– podrán ganarse la vida juntando sus herencias; yo en cambio, no bien me haya comido el gato y haya hecho un saquito con su pellejo, moriré de hambre.

El gato, que lo oía aunque fingía estar distraído, le dijo con aire serio y reflexivo:

— No sufráis, amo mío; lo único que tenéis que hacer es regalarme un saco y un par de botas, de modo que pueda recorrer los montes; pronto os daréis cuenta de que lo que os ha tocado en herencia no es tan malo como parece.

A pesar de que el amo no creyó en sus palabras, le había visto tal ingenio al cazar ratones y ratas (cuando se escondía entre la harina y se hacía el muerto, o cuando se colgaba patas arriba), que no desesperó, pensando que tal vez podía ayudarle en su miseria.

Una vez el gato tuvo lo solicitado, se calzó bien sus botas, y echándose el saco al cuello, cogió los cordones del saco con sus patas delanteras y se dirigió a un campo de caza donde había una inmensa variedad de conejos. Metió entre el saco un poco de salvado y algunas hierbas, y tirándose en el suelo como si estuviera muerto, esperó a que algún conejito, poco conocedor de las maldades de este mundo, viniera y se metiese dentro del saco para comerse lo que había en él. Poco después de acostarse, un conejito atolondrado e imprudente satisfizo sus deseos: entró en el saco, y el señor gato, halando rápidamente de los cordones,

lo cazó y lo estranguló sin piedad.

Orgulloso de su hazaña, fue en busca del Rey y le pidió una audiencia. Llevado al recinto de su majestad, hizo una gran venia al soberano y le dijo:

— Aquí os traigo, Majestad, un conejo de monte que mi amo, el señor Marqués de Carabás (el nombre se le ocurrió en ese momento), me ha pedido que os traiga.

— Di a tu amo que se lo agradezco y que me gusta mucho.

Otro día, el gato fue a esconderse en un campo de trigo, también esta vez con el saco abierto; y no bien se metieron en él dos perdices, tiró de los cordones y las atrapó. De inmediato fue a ver al Rey y se las ofreció del mismo modo que lo había hecho con el conejo de monte. El Rey recibió de buena gana las perdices y ordenó que le dieran una propina para beber.

Y así, por dos o tres meses, el gato siguió llevándole al Rey diferentes animales que según él habían sido cazados por su amo. Un día se enteró de que el Rey saldría de paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más bonita del mundo; así que dijo a su amo:

— Si seguís mi consejo, tu porvenir está resuelto; únicamente debéis bañaros en el río, en el lugar que yo os señale; lo demás dejadlo de mi cuenta.

El Marqués de Carabás siguió al pie de la letra las indicaciones que su gato le daba, sin entender muy bien qué ganancia iba a sacar de todo aquello. Cuando estaba nadando en el río, el Rey pasó por allí, y en ese momento el gato se puso a gritar:

— ¡Socorro, socorro! ¡Mi amo, el Marqués de Carabás, se ahoga!

Cuando el Rey oyó los gritos, sacó la cabeza por la ventana de su carroza, y al reconocer al gato que le había traído regalos tantas veces, ordenó a su séquito que corrieran en auxilio del Marqués de Carabás. Mientras el pobre Marqués era sacado de las aguas, el gato se acercó a la carroza del Rey y le contó cómo, aprovechando el baño de su amo, unos ladrones le habían hurtado la ropa, a pesar de que él había gritado "¡Ladrones, Ladrones!", tan fuerte como pudo. El muy pícaro la había escondido detrás de una piedra enorme.

El Rey dio orden a los subalternos encargados de su guardarropa de buscar de inmediato uno de sus trajes más hermosos y entregárselo al Marqués de Carabás. Cuando éste se vistió, el Rey le dio muestras de su gratitud; y como las elegantes ropas hacían más notorio su buen

aspecto, pues era gentil y buen mozo, la princesa sintió una secreta inclinación por él, de modo que el Marqués de Carabás no tuvo sino que darle algunas tiernas miradas para dejarla locamente enamorada.

El Rey le pidió que se subiera con ellos a la carroza y los acompañara en su paseo.

Mientras tanto el gato, satisfecho al ver que sus planes iban por tan buen camino, se adelantó, y al encontrar a unos campesinos que cortaban el prado, les dijo:

— Oídme, buenos segadores, si no decís que el prado que segáis es de mi amo el Marqués de Carabás, os haré picadillo.

Al pasar, el rey preguntó a los segadores de quién era el prado que estaban segando.

— Es del señor Marqués de Carabás –contestaron en coro, pues la amenaza del gato los había asustado terriblemente.

— Pues sí, Majestad, es verdad; y cada año me da una buena cosecha.

El señor gato, que iba adelante, al encontrarse con unos cosecheros, les dijo:

— Oídme, buenos cosecheros, si no decís que estos campos son de mi amo, el señor Marqués de Carabás, os haré picadillo.

Un poco después, al pasar por allí, el Rey quiso saber de quién eran todas aquellas cosechas que veía.

— Son del señor Marqués de Carabás –respondieron los cosecheros, y el Rey se sintió aún más interesado en el Marqués.

El gato, que continuaba adelante de la carroza, dijo lo mismo a todos cuantos se encontró; y el Rey estaba asombrado de las grandes riquezas que poseía el señor Marqués.

Finalmente el señor gato llegó a un castillo hermoso, propiedad de un ogro, el más rico de aquellos contornos, quien además era el dueño de todas las tierras por las que el Rey acababa de cruzar.

El gato, que se había informado muy bien acerca del ogro y de lo que era capaz, le pidió audiencia, diciéndole que no había querido pasar por

su castillo sin ofrecerle sus respetos. El ogro lo recibió con la cortesía que cabe esperar en un ogro y le pidió que se sentara.

— Me han dicho –comentó el gato– que tenéis el don de convertiros en cualquier clase de animal; que si queréis, por ejemplo, podéis transformaros en león o en elefante.

— Es verdad –respondió el ogro en forma brusca–, y para que no lo dudéis, veréis cómo me convierto en león.

Se asustó tanto el gato al verse frente a un león, que trepó al tejado con mucho esfuerzo y mucho pánico, pues nunca unas botas fueron apropiadas para caminar sobre las tejas. Luego, al ver que el ogro había recuperado su aspecto de ogro, bajó y le confesó que se había asustado mucho.

— Me han dicho además, pero eso sí me resulta muy difícil de creer, que sois capaz de trasformaros en un animal muy pequeño, por ejemplo en una rata o un ratón, lo cual me parece completamente imposible.

— ¿Imposible? –comentó el ogro–, pues ya lo veréis.

E inmediatamente se convirtió en un ratón y se puso a correr por el suelo.

El gato entonces se arrojó sobre él y se lo tragó de un bocado.

A todas éstas, el Rey, al divisar el hermoso castillo del ogro, quiso entrar; y el gato, cuando oyó el ruido de la carroza que atravesaba el puente levadizo, salió a su encuentro y dijo al Rey: — Bienvenido Su Majestad al castillo de Su Excelencia, el Señor Marqués de Carabás.

— ¿Cómo, es también vuestro este castillo? No es fácil ver algo más hermoso que este patio y los edificios que lo rodean. Si me permitís, me gustaría visitarlo.

El Marqués, llevando de la mano a la princesita, y siguiendo al Rey que iba adelante, entró a un gran salón en el que se encontraba preparada una espléndida cena que el ogro ofrecería ese día a unos amigos, quienes al enterarse de que la comitiva del Rey estaba allí, no se atrevieron a entrar.

El Rey estaba encantado con las riquezas del Marqués de Carabás, al igual que su hija, quien se hallaba locamente enamorada. Después de beber cinco o seis copas, Su Majestad le dijo:

—Sólo de vuestra voluntad depende, señor Marqués, que os convirtáis o no en el esposo de mi hija.

Entre grandes reverencias el Marqués aceptó el honor que el Rey le hacía. Y ese mismo día se casaron el Marqués y la princesa.

El gato se convirtió en un gran señor, que sólo cazaba ratones por diversión.

La Gallina de los Huevos de Oro

Félix María de Samaniego

Érase una Gallina que ponía

un huevo de oro al dueño cada día.

Aun con tanta ganancia mal contento,

quiso el rico avariento

descubrir de una vez la mina de oro,

y hallar en menos tiempo más tesoro.

Matóla; abrióle el vientre de contado;

pero, después de haberla registrado,

¿qué sucedió? que muerta la Gallina,

perdió su huevo de oro y no halló mina.

¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,

enriquecerse quieren al instante,

abrazando proyectos

a veces de tan rápidos efectos,

que sólo en pocos meses,

cuando se contemplaban ya marqueses,

contando sus millones,

se vieron en la calle sin calzones!

El zagal y las ovejas

Félix María de Samaniego

Apacentando un Joven su ganado,

gritó desde la cima de un collado:

«¡Favor!, que viene el lobo, labradores».

Éstos, abandonando sus labores,

acuden prontamente,

y hallan que es una chanza solamente.

Vuelve a clamar, y temen la desgracia;

segunda vez los burla. ¡Linda gracia!

Pero ¿qué sucedió la vez tercera?

Que vino en realidad la hambrienta fiera.

Entonces el Zagal se desgañita,

y por más que patea, llora y grita,

no se mueve la gente escarmentada,

y el lobo le devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño,

contra el engañador el mayor daño!

El gato bandido

Rafael Pombo

Michín dijo a su mamá:

"Voy a volverme Pateta,

y el que a impedirlo se meta

en el acto morirá.

Ya le he robado a papá

daga y pistolas; ya estoy

armado y listo; y me voy

a robar y matar gente,

y nunca más (¡ten presente!)

verás a Michín desde hoy".

Yéndose al monte, encontró

a un gallo por el camino,

y dijo: "A ver qué tal tino

para matar tengo yo".

Puesto en facha disparó,

retumba el monte al estallo,

Michín maltrátase un callo

y se chamusca el bigote;

pero tronchado el cogote,

cayó de redondo el gallo.

Luego a robar se encarama,

tentado de la gazuza,

al nido de una lechuza

que en furia al verlo se inflama,

mas se le rompe la rama,

vuelan chambergo y puñal,

y al son de silba infernal

que taladra los oídos

cae dando vueltas y aullidos

el prófugo criminal.

Repuesto de su caída

ve otro gato, y da el asalto

"¡Tocayito, haga usted alto!

¡Déme la bolsa o la vida!"

El otro no se intimida

y antes grita: "¡Alto el ladrón!"

Tira el pillo, hace explosión

el arma por la culata,

y casi se desbarata

Michín de la contusión.

Topando armado otro día

a un perro, gran bandolero,

se le acercó el marrullero

con cariño y cortesía:

“Camarada, le decía,

celebremos nuestra alianza”;

y así fue: diéronse chanza,

baile y brandy, hasta que al fin

cayó rendido Michín

y se rascaba la panza.

“Compañero”, dijo el perro,

“debemos juntar caudales

y asegurar los reales

haciéndoles un entierro”.

Hubo al contar cierto yerro

y grita y gresca se armó,

hasta que el perro empuñó

a dos manos el garrote:

Zumba, cae, y el amigote

medio muerto se tendió.

Con la fresca matinal

Michín recobró el sentido

y se halló manco, impedido,

tuerto, hambriento y sin un real.

Y en tanto que su rival

va ladrando a carcajadas,

con orejas agachadas

y con el rabo entre piernas,

Michín llora en voces tiernas

todas sus barrabasadas.

Recoge su sombrerito,

y bajo un sol que lo abrasa,

paso a paso vuelve a casa

con aire humilde y contrito.

"Confieso mi gran delito

y purgarlo es menester",

dice a la madre; "has de ver

que nunca más seré malo,

¡oh mamita! dame palo

¡pero dame qué comer!”

La Perrilla

José Manuel Marroquín

Es flaca sobremanera

toda humana previsión,

pues en más de una ocasión

sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana

un experto cazador,

el más hábil y el mejor

alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla

de ejercitados monteros,

de ojeadores, ballesteros

y de mozos de traílla.

Van todos apercibidos

con las armas necesarias,

y llevan de castas varias

perros diestros y atrevidos,

caballos de noble raza,

cornetas de monte, en fin,

cuanto exige Moratín

en su poema La Caza.

Levantan pronto una pieza,

un jabalí corpulento,

que huye veloz, rabo al viento,

y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla

tras la cerdosa alimaña;

pero ella se da tal maña

que a todos los aturulla.

Y, aunque gastan todo el día

en paradas, idas, vueltas,

y carreras y revueltas,

es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores

han visto de qué manera

pudo burlarse la fiera

de los tales cazadores,

oigan lo que aconteció,

y aunque es suceso que admira,

no piensen, no, que es mentira,

que lo cuenta quien lo vio:

Al pie de uno de los cerros

que batieron aquel día,

una viejilla vivía,

que oyó ladrar a los perros;

y con gana de saber

en qué paraba la fiesta,

iba subiendo la cuesta

a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...

mas, sin pasar adelante,

es preciso que un instante

gastemos en describilla:

Perra de canes decana

y entre perras protoperra,

pasaba en toda su tierra

por perra antediluviana;

flaco era el animalejo,

el más flaco de los canes,

era el rastro, eran los manes

de un cuasi-semi-ex-gozquejo;

sarnosa era, digo mal,

no era una perra sarnosa,

era una sarna perrosa,

y en figura de animal;

era, otrosí, derrengada;

la derribaba un resuello;

puede decirse que aquello

no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola

la vieja al cerro subía,

de la perra en compañía,

que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte

que se hubiese el jabalí

ocultado, por si así

se libraba de la muerte.

Empero, sintiendo luego

que por ahí andaba gente,

tuvo por cosa prudente

tomar las de Villadiego.

La vieja entonces, al ver

que escapaba por la loma,

¡sus! dijo por pura broma,

y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,

sombra de perra que fue,

de la cual se dijo que

no era perra ni era nada;

aquella perrilla, sí,

¡cosa es de volverse loco!,

¡no pudo coger tampoco

al maldito jabalí!

Canción China en Europa

Federico García Lorca

La señorita

del abanico,

va por el puente

del fresco río.

Los caballeros

con sus levitas,

miran el puente

sin barandillas.

La señorita

del abanico

y los volantes,

busca marido.

Los caballeros

están casados,

con altas rubias

de idioma blanco.

Los grillos cantan

por el Oeste.

(La señorita,

va por lo verde).

Los grillos cantan

bajo las flores.

(Los caballeros,

van por el Norte).

Sonatina

Rubén Darío

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?

Los suspiros se escapan de su boca de fresa,

que ha perdido la risa, que ha perdido el color.

La princesa está pálida en su silla de oro,

está mudo el teclado de su clave sonoro,

y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.

Parlanchina, la dueña dice cosas banales,

y vestido de rojo piruetea el bufón.

La princesa no ríe, la princesa no siente;

la princesa persigue por el cielo de Oriente

la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,

o en el que ha detenido su carroza argentina

para ver de sus ojos la dulzura de luz?

¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,

o en el que es soberano de los claros diamantes,

o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa

quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,

tener alas ligeras, bajo el cielo volar;

ir al sol por la escala luminosa de un rayo,

saludar a los lirios con los versos de mayo

o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,

ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,

ni los cisnes unánimes en el lago de azur.

Y están tristes las flores por la flor de la corte,

los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,

de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!

Está presa en sus oros, está presa en sus tules,

en la jaula de mármol del palacio real;

el palacio soberbio que vigilan los guardas,

que custodian cien negros con sus cien alabardas,

un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera Hipsípila que dejó la crisálida!

(La princesa está triste, la princesa está pálida).

¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!

¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,

(la princesa está pálida, la princesa está triste),

más brillante que el alba, más hermoso que abril!

—«Calla, calla, princesa –dice el hada madrina–;

en caballo, con alas, hacia acá se encamina,

en el cinto la espada y en la mano el azor,

el feliz caballero que te adora sin verte,

y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,

a encenderte los labios con un beso de amor».

Esto dijo el pollo chiras

Víctor Eduardo Caro

Esto dijo el Pollo Chiras

cuando lo iban a matar:

"Dése breve, mi señora,

ponga el agua a calentar,

Un carbón eche a la estufa

y no cese de soplar,

que nos va cogiendo el día

y el señor viene a almorzar.

Pero escúcheme una cosa

que le quiero suplicar;

el pescuezo no me tuerza

como lo hace Trinidad.

Hay mil medios más humanos

de dormir a un animal

y de hacer que dure el sueño

por toda la eternidad.

Cumpla, pues, buena señora

mi postrera voluntad,

y despácheme prontito

sin dolor y sin crueldad”.

La señora que era dama

de extrema caridad,

se quedó muy confundida

al oír lo dicho atrás.

Estudió el asunto a fondo,

consultó una autoridad,

se leyó varios volúmenes

en inglés y en alemán;

Compró frascos, ingredientes,

un termómetro, un compás,

dos jeringas hipodérmicas

y no sé qué cosas más.

Y en ensayos y experiencias

en tubitos de cristal,

y en lecturas y consultas

todo el tiempo se le va.

Mientras tanto el Pollo Chiras

canta alegre en el corral:

“¡Dése breve, mi señora,

ponga el agua a calentar!”

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022